

Recorred los anales de las diferentes naciones que se glorían de estar bajo la tutela de María, y hallaréis los mas preciosos monumentos de gratitud por los beneficios recibidos.

¡Que no pueda, señores, detenerme á presentaros aquí los ilustres trofeos que penden en nuestros templos, como eternos monumentos de la beneficencia de María! ¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio no ha experimentado el carácter benéfico de María? ¿Qué cuerpo, ya eclesiástico, ya militar, ya civil, ya literario, no ha recibido beneficios de María? Y contrayéndome á vosotros mismos, ¿cuántas veces no habéis sido socorridos en vuestras necesidades espirituales y temporales por la benéfica intercesion de María? ¿Quién no ha sido testigo de su proteccion en las urgentes necesidades de hambre, peste y guerras? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas no habéis sido por su mediacion prevenidos con bendiciones de suavidad y de dulzura, que os han preservado de caer en el abismo de la culpa? ¿Quién hay, para decirlo de una vez, que no haya experimentado el calor de su misericordia?

Consuélate, Esposa del Cordero, Iglesia santa! deja los vestidos de luto y adórnate con los de alegría. Tu reina poderosa, tu madre, benéfica y llena de misericordia, habita ya en cuerpo y alma en las alturas. Ya ha triunfado de la muerte, y ocupa un trono de majestad y de gloria, solo inferior al de Dios. Su altísima dignidad y sus heroicas virtudes la han elevado á esta grandeza. Colocada entre vosotros, cristianos, y Jesucristo, es vuestra poderosa abogada: pedidle pues, y recibiréis. El divino Salomon no rehusará las peticiones de esta madre tan amada y tan llena de piedad.

¿Qué resta pues, señores, sino que vosotros, como fieles hijos de la Iglesia y verdaderos devotos de María, avivéis vuestra fe y alentéis vuestra confianza, para pedirle la exaltacion de vuestra comun madre, la paz y concordia entre los reyes y príncipes cristianos, la exterminacion de los errores, la conversion de los pecadores á saludable penitencia, y finalmente que el nombre de Jesucristo sea universal y dignamente alabado en los cielos y en la tierra? Amen.

SERMON

DE LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

(DE GONZÁLEZ.)

Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.
María eligió la mejor parte, que no se le quitará.

S. Lucas, c. 10. v. 42.

Nadie sino el inconsecuente deísta puede resistirse á creer, que la providencia de un Dios bueno y sabio por esencia cuida de conducir al hombre al goce de la bienaventuranza por medio del ejercicio de su libertad. El cristiano, el hombre, al mismo tiempo que palpa el absoluto dominio que ejerce sobre sí mismo, está íntimamente convencido de que todas las cosas criadas, sin excluir su propio albedrío, están en manos de un Dios, omnipotente, criador y gobernador universal, que suave, pero irresistiblemente, las mueve conforme á su voluntad. Sabe que no ha sido criado para disfrutar los bienes del cuerpo, puesto que el bruto los goza mas completamente y con ménos sobresalto; ni para la vana satisfaccion de dominar á sus semejantes, porque la naturaleza ha establecido entre todos una perfecta igualdad, y la servidumbre introducida por el pecado no es ménos molesta á los superiores que á los súbditos; ni para vivir siempre sobre la tierra, idea que contradice la experiencia. Sabe que el Señor le crió para compañero de su gloria; para vivir eternamente, pero en un mundo mas dichoso, una vida mas apetecible; una vida exenta del dolor, libre del trabajo y

que no conoce la muerte; una vida completa, feliz y bienaventurada; una vida en que se posee con inefable gozo todo cuanto se puede desear; la ilustracion del entendimiento, el mas puro deleite de los sentidos, la mas dulce satisfaccion de todos los apetitos, el lleno de todos los bienes maravillosamente reunidos en uno solo, inmenso, eterno, infinito: sabe que este bien, esta gloria, esta eternidad bienaventurada es el premio seguro del buen uso de su libertad; premio tanto mayor y excelente, cuanto mejor ha sido el empleo de sus talentos y demas beneficios que le ha dispensado el Señor.

De aquí es fácil inferir que no todos los bienaventurados gozan el mismo grado de gloria, sino que esta es proporcionada á los méritos. Y ¿quién será capaz de describir la que goza María santísima? Sin embargo el misterio de este dia puede darnos alguna luz sobre esto. Mi alma se halla inundada de un júbilo, de una satisfaccion inexplicable, al considerar que ha sido elevada á la mansion celestial y colocada sobre todos los coros de los ángeles, y no puedo ménos de prorumpir con la Iglesia: *María escogió para sí la mejor suerte, que no le faltará por toda la eternidad.*

Sí, devotos cristianos, María eligió para sí la mejor suerte: el honor y la justicia del Señor exigen que sea su gloria superior á la de todas las criaturas; el honor, por ser madre suya; la justicia, por ser muy relevantes sus méritos. Consideremos su gloria, y deliciosamente enajenados suspiremos por acompañarla en ella; consideremos sus virtudes, el buen uso de su libertad, y edificados con su ejemplo, hagamos los mayores esfuerzos por imitarla.

Así hablaban los Padres de la Iglesia para celebrar el glorioso tránsito, la entrada triunfante de María en el reino de la inmortalidad; y yo me daría por muy satisfecho, si acertara á imitarlos. Mas pues esta Señora ocupa en el cielo un trono superior al de todos los bienaventurados, no puede ménos de ser mas eficaz su intercesion: por tanto pidámosle que nos alcance de su Hijo santísimo la gracia que para ello necesitamos. *Ave María.*

Llegó por fin la hora en que se removieron, cesaron absolutamente los obstáculos que no habian permitido á Jesucristo

manifestar á María toda la efusion de su amor. La muerte. Oh! triste, deplorable condicion á que toda la naturaleza quedó reducida por el pecado de un hombre solo! Aún aquellos que nunca fueron esclavos de la culpa, han de morir indefectiblemente ántes de empezar á gozar el justo galardón de sus virtudes. Esta es la razon por que María fué incluída en este decreto universal: murió. Y qué! ¿se desdeñaría de sufrir una sentencia de que no se eximió su propio Hijo, que pudiera hacerlo sin la menor dificultad? No lo pongamos en duda: María murió. Pero ¿qué inmensa gloria le estaba reservada para despues de su muerte! Como el cuerpo del Salvador entró en el sepulcro todo afeado, lleno de llagas, cubierto de todas las señales de la mayor ignominia, mas al dia tercero salió bañado de resplandores y de gloria, llevando consigo los mas singulares trofeos de una completa victoria, conseguida contra todos sus enemigos; así María... No entremos en discusiones ajenas de este lugar: confesemos de buena fe que nos son desconocidas todas las circunstancias de su muerte y resurreccion: el tiempo, el lugar, el modo, todo está encubierto para nosotros con el velo de la incertidumbre; mas no por eso debemos dudar del hecho. La persuasion de todos los fieles, la creencia piadosa de diez y ocho siglos, la uniformidad de los griegos con los latinos, el consentimiento de los Padres, las oraciones de la Iglesia, las solemnidades instituídas para honrar la memoria de la asuncion verdaderamente gloriosa de María, todo nos persuade que aquel cuerpo santísimo, en que habia sido engendrado el Autor de la vida, no habita ya la region oscura de la muerte; no es presa de la corrupcion y podredumbre; que ha sido, como el de Moises, arrebatado á la vista de los mortales; que reunido á su grande alma, sin esperar á que la terrible trompeta llamé á los muertos para que vuelvan á la vida, recobró la suya, ó por mejor decir, adquirió una vida nueva, feliz y gloriosa.

No, ya no atraviesa su amante corazón el agudo cuchillo del dolor: en lugar del anciano Simeon que le presagió en otro tiempo el amargo cáliz que tenia preparado la Providencia para el Hijo y para la madre, se me representan innumerables legiones de ángeles entonando los himnos mas festivos y armoniosos, para celebrar su triunfo, para anunciar y publicar su gloria, y conducirla, ya resucitada, á la posesion de los bienes

eternos merecidos con el sacrificio de su adorado Jesus. La vista sola de su cuerpo, libre ya de todas las imperfecciones anejas á su naturaleza terrena, y participante en el modo posible de las cualidades de los bienaventurados espíritus, los llena de admiracion y respeto; se acercan á ella, la saludan, la reconocen por madre de su Dios, por emperatriz soberana de los cielos, por la feliz heroína, destinada desde la eternidad para hollar la orgullosa cerviz de su mayor enemigo. Pero ¿cómo es posible que yo describa el honor que le tributan, las alabanzas que le cantan, el regocijo con que la acompañan, la solemnidad con que celebran su feliz exaltacion? Como el Rey profeta, arrebatado de júbilo viendo que el Señor se digna habitar de nuevo en su antigua morada, se empeña en comunicar sus religiosos sentimientos á todos los levitas, así los ángeles, pocos momentos antes de que se verifique el glorioso tránsito de María, se me figura que tratan de comunicarse su regocijo, y que prorumpen en las mas festivas aclamaciones. Ya viene, dirian, nuestra esclarecida Reina, la Reina de la gloria, aquella Señora llena de poder y de fortaleza, aquella Reina soberana de las virtudes, por cuyo medio han recobrado la gracia los pecadores, y el derecho á la gloria los miserables mortales; aquella Señora, de quien nuestro Dios ha recibido un nuevo ser y una nueva vida; la hija predilecta del eterno Padre, la amada esposa del Espíritu divino, la madre verdadera de nuestro Criador. Ábranse de par en par las puertas de esta mansion de la gloria, que llega la emperatriz nobilísima; y vamos todos á recibirla, á celebrar su entrada triunfante, su feliz exaltacion, su coronacion gloriosa.

Los cielos en efecto se abren; los patriarcas, los profetas, los reyes, los ilustres progenitores de María, la multitud innumerable de justos, á quienes el Redentor habia librado de las cadenas del infierno, admiran como atónitos la exaltacion de María, una elevacion tan sublime como inusitada; y penetrados de aquel puro y santo júbilo que procede de una ferviente caridad, exclaman: «esta que viene del desierto, gozando el lleno de las delicias que pueden disfrutarse por los moradores todos de la corte celestial, es acreedora á nuestras alabanzas, puesto que el mismo Criador le sirve como de apoyo á su entrada en este reino de la inmortalidad.»

El Criador, aquel Dios cuya providencia destinó los ángeles

para la custodia especialísima de los justos, bajo cuyos piés hace que pongan sus manos delicadas, para evitar que se los lastimen con las piedras y asperezas del suelo que pisan; aquel Dios amorosísimo descende como otro Salomon del excelsio solio de su majestad; sale á la puerta de los cielos á recibir á la criatura mas privilegiada y mas digna de su amor; le tributa, como aquel rey sapientísimo, unos honores correspondientes á la cualidad de madre suya; la reconoce por tal con las demostraciones mas afectuosas. Ven acá, le dice, hermosa mia, paloma mia, madre mia; ven; acelera el paso, que ya se acabó el tiempo del dolor y de la tribulacion, y empieza el dia eterno del gozo y alegría: ven, que ya llegó mi hora, la hora que tanto ansiaba, para recompensar justamente tu paciencia y tu virtud; ven á recibir la corona que mi justo amor tiene preparada para remunerar el tuyo; ven: como á mi entrada en el mundo, intimó mi eterno Padre á todos los ángeles un precepto expreso de tributarme la mas humilde adoracion, así en el momento de tu entrada en esta feliz mansion, ordeno yo á los mismos espíritus que te veneren y reverencien como á su esclarecida reina y madre verdadera de su Dios: como en el Jordan y en el Tabor dió mi eterno Padre un auténtico testimonio de mi divinidad, así yo lo doy en el cielo y á presencia de todos sus moradores de tu maternidad divina. Oídlo, ángeles gloriosos; esta es mi madre, mi amada madre, el objeto principal de todas mis complacencias...

Por mas fecunda que fuera mi imaginacion y mas elocuentes mis palabras al describir esta escena, ¿llegarian á comprenderla ó á percibirla con claridad y distincion los entendimientos todos de los mortales? Ah! los ángeles, dice la Iglesia en el oficio de este dia, aquellas bienaventuradas inteligencias se llenan de un excesivo regocijo, al contemplar la gloria de María; entonan un nuevo cántico de alabanzas y bendiciones á su Dios; léjos de abrigar el menor sentimiento de envidia, viéndola elevada, exaltada sobre todos sus coros, y colocada en el mismo tálamo celestial del Rey soberano de los reyes, se regocijan y llenan de complacencia. En aquel momento es aclamada de todos los justos, reverenciada de todas las Potestades, elevada sobre los Tronos, venerada de los serafines. Nadie, nadie en el mundo es capaz de conocer la gloria que disfruta aquella alma grande, tan privilegiada del Señor entre todos sus escogidos;

esclavos infelices de la miseria, no podemos graduar la bienaventuranza, ni aún formar idea de ella. La Providencia tiene cubiertos con un velo impenetrable á nuestra vista los bienes eternos, con que remunera las virtudes de los ángeles y de los hombres; quiere que sean libres nuestros servicios, para que puedan ser meritorios. Oh! ¡qué placer para el justo oír de boca del Señor la relacion y los elogios de sus virtudes y sacrificios! El mismo Dios como que experimenta una satisfaccion extraordinaria al referirlos, gloriándose al propio tiempo de que su justicia tenga mas parte que su honor, en el premio de los escogidos. Y aquí es preciso observar que durante su residencia en esta vida, cuando oye las bendiciones y felicidades que anuncian á María por el solo título de madre suya, y que por este motivo procuran obligarle á fijar en ella sus principales atenciones, todo parece que lo desconoce, todo lo desprecia, nada juzga digno de su estimacion y de alabanzas, sino la exacta observancia de su ley; mas ahora, cuando su justicia examina ya las obras de María para remunerarlas, nada le es tan amable, nada tan digno de elogio como ellas: él mismo, con un regocijo inexplicable, se detiene á enumerar, á publicar todas y cada una de sus virtudes, sin omitir la mas mínima, si es que alguna merece con propiedad este adjetivo. Aquel admirable cántico, aquellas finísimas expresiones del amor mas tierno, aquellos elogios afectuosísimos para celebrar la belleza y hermosura de su esposa, el libro todo de los Cantares, que hoy pone la Iglesia en boca del Señor, dirigiéndose á su amada madre; todo esto ¿no nos le representa ciegamente enamorado de la hermosura de su virtud? De todos y cada uno de sus miembros, aún de los mas insignificantes, hace un elogio particular; á cada paso repite las mismas alabanzas; usa unas comparaciones, que parecen estar fuera del orden comun, sin duda para manifestar que las perfecciones de su amada son muy superiores á todo encarecimiento.

Toda en efecto es hermosa María, toda inmaculada; sus obras, sus palabras, sus deseos, sus pensamientos, todo en ella es puro, todo perfecto: én su niñez, en su juventud, en su adolescencia y aún en su concepcion todo fué inmaculado y santo. Expuesta á las pruebas mas rigurosas, á las turbaciones mas violentas, toda es hermosa, toda justa, toda fuerte é invencible. En medio de su patria, en su penoso destierro, elevada á

la cumbre del honor y de la gloria, sumergida en el mas profundo abismo de la tribulacion y del dolor, en las glorias que la anuncia el arcángel y en los dolores que la vaticina Simeon, en el apuro en que la colocan los recelos de su esposo, y en la dulce satisfaccion que le ocasiona el prodigioso nacimiento de su Hijo, en las adoraciones de los Magos, de los ángeles, de los astros, y en la persecucion de los pontífices, de los fariseos, de los verdugos... en qué me detengo? En todas las circunstancias, en todos los momentos de su prodigiosa vida toda es pura, toda inmaculada, toda perfecta.

Por mas odiosa que sea toda comparacion entre los santos, se hace necesaria cuando se trata de graduar el mérito de María. No seré yo el osado que presuma hacer aquella comparacion ni graduar este mérito; en el libro de los Cantares se me presenta ya hecho todo esto por la sabiduría y justicia del Señor. Despues de tantos encomios y comparaciones aún no se da por satisfecho Salomon, y como si quisiera decirlo todo de una vez, concluye (1): sesenta son las reinas que tengo en mi palacio, ochenta las concubinas; las doncellas destinadas á este ministerio no tienen número; *sed una est columba mea, perfecta mea*. Innumerables vírgenes rodean el trono del excelso; *sed una est perfecta mea*: mas esta es la vírgen por excelencia, cuya pureza excede sin comparacion á todas las vírgenes. Innumerables mártires ofrecieron el sacrificio de su vida por la honra del Señor; *sed una est perfecta mea*; pero María es la reina de todos los mártires, es mucho mas que mártir, pues su heroica fortaleza ni ha tenido ni tendrá semejante. En todos tiempos, en todos los estados, en todas las condiciones hubo justos que han procurado distinguirse entre los demas por la pureza y el heroísmo de su virtud; *sed una est perfecta mea*; pero María á todos aventaja con tanto exceso, que comparada con todos los hijos de Adan, viene á ser lo que la suave y fragante azucena comparada con las espinas. Los ángeles y los justos de una y otra ley me han servido con inimitable fidelidad; me han amado con extraordinario fervor; me han deleitado y me deleitan con el suave olor de sus buenas obras; *sed una est perfecta mea*; mas si se trata de comparar su caridad y celo con el celo y caridad de María, como que desaparecen aquellos; el olor solo de sus

(1) *Cantic. c. 6. v. 7.*

vestidos me es mas suave y delicioso que la dulce fragancia de todos los aromas. Y no creáis que estas palabras son hiperbólicas, ó exageraciones de un amante apasionado y ciego por la vehemencia de su amor; los mismos que debieran interesarse mas en deprimir ó rebajar su belleza; las otras reinas y concubinas, las hijas todas de Sion que cifran su gloria en ser preferidas en el amor de Salomon, apénas la vieron, prorumpieron naturalmente y como sin libertad en las mas expresivas alabanzas á su hermosura.

Sí, los moradores de la celestial Jerusalem, en que no se conoce la vil envidia, todos la engrandecen y preconizan la excelencia imponderable de sus virtudes. Y ¿qué extraño, si aún en esta miserable region de la soberbia y de la injusticia resuenan con las mas solemnes aclamaciones en boca de todos los cristianos estas mismas virtudes, á pesar de no ser exactamente conocidas? Á donde quiera que nos dirijamos, y con especialidad en este dia, nada percibimos sino los testimonios mas auténticos de su gloria. En todo el cristianismo no hay reino, pueblo, templo, ni individuo alguno, que no se gloríe de solemnizar la memoria de su triunfo. El Señor, ese hijo adorable de María, presentándose á su vista en ese trono de grandeza, y dejándose conducir en público para autorizar los religiosos cultos que tributamos á su bendita madre, nos llama, nos atrae, nos impele á marchar por la senda que la condujo á ella á la gloria. «Yo,» creo oírle decir; «yo que me gloríe de honrar á María, porque María se esmeró en merecer estos honores, seré igualmente justo con todos; confundiré un dia á los necios pecadores, publicando indignado los crímenes con que han merecido la execración de los ángeles y de los hombres, el odio de mi Padre y mi eterna reprobacion; y haré tambien completa la gloria de los justos, dando con indecible complacencia el mas auténtico testimonio de su justicia, elogiando su virtud, alabando su celo, llamándolos á la participacion de mi gloria, adornando su cabeza con una corona inmortal, y haciendo que, á imitacion mia, todas las criaturas los bendigan, los honren, los aclamen dignos de mi amor, de mis bendiciones, de mi gloria.» Amen.

SERMON

DE LA

ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

Apparebit vobis gloria ejus.

Se aparecerá á vosotros su gloria.

Levítico, c. 9. v. 6.

Las tiernas y afectuosas expresiones con que la Iglesia convida á los fieles en este dia á que se alegren y regocijen en el Señor, manifiestan el aprecio que le merece esta gran solemnidad, y el entusiasmo de fervor y ternura con que nosotros debemos celebrarla. No es ahora sazón oportuna de abandonarnos á la tristeza y melancolía; eslo sí de que entrando en los sentimientos de nuestra buena madre, explayemos nuestros pechos con los trasportes del placer mas puro, nacidos de un corazon recto, levantando nuestro espíritu á la consideracion del mas bello y grandioso cuadro que puede presentarse á nuestra vista. Este es el lenguaje que constantemente ha hablado la Iglesia á sus hijos desde los primeros siglos de su establecimiento, y que les hablará hasta que su Fundador divino se agrade de trasladarla á la bienaventurada Sion. En donde quiera que hayan tremolado las banderas de su Fe, allí se han visto en este dia los altares de sus templos matizarse de piedras preciosas y oro purísimo, levantarse de en medio de ellas el humo suave del timiama é incienso exquisito, y resonar en sus bóvedas los melodiosos cánticos de sus alabanzas. Órganos